PÁGINA 12, 5 DE OCTUBRE DE 2009

En el ballottage cordobés, Ricardo Colombi, encolumnado con la conducción de la UCR, se impuso por 25 puntos sobre Arturo Colombi, sostenido por el oficialismo

La batalla de los primos fue una derrota de Cobos

RECLAME LIBERO
Boca le ganó 3 a 2 a Vélez con goles de Battaglia, Riquelme y Palermo

Todos por Coco

Página|12

MERCEDES SOSA 1935-2009

GRACIAS A LA VIDA

Escriben y opinan: Carlos "Peteco" Carabajal, Estela Carlotto, Jorge Coscia, Fernando D'Addario, Eduardo Fabregat, Juan Falú, Diego Fischerman, Facundo García, León Gieco, Daniel Grinbank, Víctor Heredia, Liliana Herrero, Karina Micheletto, Mariano Mores, Teresa Parodi, Shakira, Jaime Torres

UNA COSA SOSA

Por Juan Sasturain

10 Sinceramente, por Eduardo Aliverti

Dos acusados por protestar contra el arrasado de una plaza
A juicio por las rejas

16/17 Diálogo con León Rozitchner, por Verónica Gago

32 El cuervo de Nalé, por Juan Sasturain

ADIOS A UNA ARTISTA EXCEPCIONAL

Mercedes, la voz que fue un continente

"Tengo amor por lo que canto", supo decir una vez, y quizá allí esté la clave para explicar por qué fue tan grande, por qué se lamenta tanto su partida.

Por Karina Micheletto

Ya no había espacio para la esperanza, sólo una triste resignación amplificada por el peso de su figura, que trascendió fronteras geográficas y artísticas. En la madrugada de ayer, a los 74 años, falleció Mercedes Sosa, debido a una disfunción renal cuyas complicaciones comprometieron todo su organismo y derivaron en una falla cardiorrespiratoria. Desde que se conoció la noticia de su grave estado de salud, en los últimos días que pasó en la unidad de cuidados intensivos del Sanatorio de la Trinidad –donde estaba internada desde el 18 de septiembre–, una certeza quedó instalada: con La Negra se va la gran voz de América. Se va, también, como quedó enternecedoramente puesto en acto en su velatorio –donde desde el mediodía de ayer desfilaron miles para darle el último adiós–, una figura en gran medida maternal, contenedora en más de un sentido.

Si Mercedes Sosa ha significado tanto para la multitud que quiso ir al Congreso, para los que en estos días inundaron la web con mensajes de amor, para los que desde todo el mundo la lloran, no fue sólo por su condición de cantora excepcional (y así se fue Mercedes, en pleno uso de esas facultades únicas). También por lo que esta mujer eligió cantar, aquel canto con fundamento que sostuvo hasta el final. Porque tuvo fundamento, su canto superó incluso sus contradicciones –su derrotero político, su coqueteo con Macri–. Y de eso, nunca se arrepintió.

Destino del canto

Mercedes Sosa nació el 9 de julio de 1935, el Día de la Independencia, y en Tucumán. Toda una declaración de principios para una mujer que

terminaría representando un relato posible de identidad argentina y latinoamericana. El día de su nacimiento, los diarios todavía ocupaban sus páginas con una noticia que dos semanas atrás había conmovido al país, más allá de las fronteras de la música: la muerte de Carlos Gardel. Lo mismo está ocurriendo desde que se conoció la noticia del grave estado de salud de Mercedes, aunque los medios ahora sean otros. Se iba a llamar Julia Argentina, por la fecha patria en que le tocó nacer. Se iba a llamar también Marta, según el deseo de su madre. Pero su padre, como hacen algunos padres que van solos al registro civil, la anotó como Haydée Mercedes. La madre nunca aceptó el cambio inconsulto: puertas adentro de su casa, Mercedes fue la Marta. Más allá del fugaz nombre artístico de Gladys Osorio, para el mundo sería por siempre Mercedes, La Negra.

A fines de los ’50, era la esposa del artista. “Me enamoré de sus canciones”, decía al explicar por qué se había casado con Oscar Matus, desafiando a toda su familia, y se había instalado en Mendoza. Todavía su voz no había sido descubierta: el artista, el poeta, era su marido. Con esas canciones que la enamoraron hizo su primer disco. Con Matus, Armando Tejada Gómez, Tito Francia, Horacio Tusoli, Víctor Nieto, entre otros artistas cuyanos, fundó el Movimiento del Nuevo Cancionero, que marcaría la canción popular argentina e inspiraría otras búsquedas, tal como sucedía con otros movimientos similares en aquellos efervescentes ’60.

Mercedes Sosa fue Mercedes Sosa no sólo por ser una voz excepcional: lo fue por abrazar, de allí en más, esa canción con fundamento, superadora del paisaje, abarcadora de lo humano, acusadora de lo social. Ella misma se definía en función de esa elección, tal como se la escucha decir en el DVD que acompaña su último trabajo, Cantora: “Estos premios colgados en las paredes de mi casa no son solamente porque canto, son porque pienso. Pienso en los seres humanos, en la injusticia. Pienso que si yo no hubiera pensado de esta manera, otro hubiera sido mi destino. Hubiera sido una cantora común. Eso me hace pensar que no me equivoqué. Ni me equivoqué cuando comencé a pensar ideológicamente”.

La voz sin fronteras

En 1965 cantó de prepo en el Festival de Cosquín. Eran los tiempos del “boom” del folklore, cuando este evento realmente consagraba artistas y marcaba la agenda del género. Al recordar aquel debut, Mercedes no ahorraba palos a la Comisión de Cosquín, encargada de definir la programación. Hasta sus últimos días se ocupó de recordar que aquella vez actuó “en contra de los de la comisión”. “Cafrune me presentó al costado del escenario, porque la Comisión de Folklore no me dejaba subir”, detallaba en un reportaje a este diario. “Yo siempre tuve problemas con la comisión, no sé por qué... En ese tiempo porque era comunista, sigo siéndolo, pero por entonces era mala palabra. Canté con una cajita, nomás. Tuve un éxito muy grande, y ahí ya me contrató la Philips para grabar. Fue una actuación muy importante en mi carrera. Es más, fue la definitiva.”

A partir de 1976 comenzó a hacérsele cada vez más difícil trabajar, como a tantos artistas populares argentinos: falta de lugares que la aceptaran en su programación, espectáculos cancelados poco antes de comenzar, amenazas contra su vida. En 1978 irrumpió la policía en un recital en La Plata, la detuvieron durante dieciocho horas y aterrorizaron al público (la anécdota es bellamente contada en un mensaje dejado en su página web oficial, ver aparte). Durante la dictadura llegó a editar Mercedes Sosa, con temas de Víctor Jara y Pablo Neruda, Mercedes Sosa interpreta a Yupanqui y Serenata para la tierra de uno. Pero ya casi no conseguía trabajo, y en 1979 se exilió en París, y luego en España.

A comienzos de 1982 volvió a cantar a la Argentina. Regresaba a un país que aún se jactaba de tener las urnas “bien guardadas”, pero en el que ya se permitían algunas “distracciones”. Los conciertos que dio entonces en el teatro Opera –iban a ser dos o tres, prácticamente sin difusión, y al final, a fuerza del boca a boca, fueron trece a sala llena– no sólo marcaron su regreso, sino también un hito en la escena nacional. Entre los invitados de aquellos conciertos estuvieron Raúl Barboza, Ariel Ramírez, Rodolfo Mederos y representantes del rock como Charly García y León Gieco. Al invitar a cantar a rockeros a sus conciertos, Mercedes avaló con su figura un tipo de cruce que en rigor ya existía –Litto Nebbia cantando una zamba con Domingo Cura en bombo, tal como se lo ve en la película Rock hasta que se ponga el sol, Dino Saluzzi actuando en el Festival de Rock de La Falda de 1980–, pero que de allí en más se impondría como una marca de amplitud contenedora de su canto, en un

repertorio en el que supo incluir a Silvio Rodríguez y Fito Páez, Cobián y Cadícamo y Pablo Milanés, Daniel Toro y los nuevos autores de folklore. De aquella serie de conciertos del Opera se editaron los LP En vivo en Argentina, una de las obras más vendidas de la discografía nacional.

Así pasó a ser no sólo una voz incuestionable, también una suerte de símbolo afín a cierto progresismo urbano, que le cuestionaba tanto el haberse definido alguna vez como comunista, como el pecado de ser de izquierdas y mientras tanto tener un buen auto o una buena casa. Pero que sin embargo la adoptó como la voz comprometida, la voz necesaria.

Como la cigarra

La historia de los últimos años de su carrera podrían contarse entre recaídas y regresos con gloria, como un ave fénix obstinada, con la potencia y el caudal de voz intactos, maravillando cada vez. Hubo una enfermedad que la acompañó en las últimas décadas de su vida: depresión enmascarada, la llamaba ella, y decía que tenía un origen muy claro en el sufrimiento del exilio.

La primera manifestación de esta depresión aguda la llevó al borde de la muerte en 1997, después de presentar Alta fidelidad. Mercedes Sosa canta a Charly García, un disco que nunca pudo llevar a la presentación en vivo junto a su amigo. Le llevó casi un año recuperarse, y lo hizo cantando, como cada vez que volvió de esas largas temporadas en la cama. Llamó al disco de aquel regreso Al despertar, se llevó con ese trabajo el Premio Gardel al Disco del Año, volvió a dar conciertos multitudinarios en la Argentina, volvió a girar por el mundo. Volvió a cantar –siempre en compañía de colegas de todos los géneros; por entonces estuvo en la cancha de Boca con Luciano Pavarotti–, y por lo tanto volvió a ser feliz.

“Sigo cantando, como la cigarra”, anunciaba. En 1999 lanzó la Misa criolla, en 2001 grabó en vivo Acústico en el Gran Rex. En 2002, junto a León Gieco y Víctor Heredia, propuso Argentina quiere cantar. Las presentaciones con sus dos entrañables amigos incluirían varias giras por el interior del país, y también por Europa y Estados Unidos, pero no pudieron completar el proyecto. Mercedes volvió a caer, volvieron las complicaciones físicas, volvió a manifestarse aquella vieja depresión.

Entre 2003 y 2005 pasó momentos muy difíciles, con internaciones, deshidrataciones y descompensaciones, agravadas en el último tiempo por un par de caídas en el baño de su casa, una de las cuales le resintió una vértebra. Fueron dos años en los que pasó buena parte de su tiempo en la cama.

El año 2005 marcó su último gran regreso, y fue con todo. Volvió con un disco bello y despojado, Corazón libre, con dirección artística de Chango Farías Gómez, editado por el prestigioso sello alemán Deutsche Grammophon, que la eligió por considerarla “una de las mejores voces del mundo entero”. Volvió también a los escenarios, donde empezó a cantar sentada, y en un principio, con un cinturón ortopédico ajustándole la cintura. La debilidad física que exhibía, con varios kilos menos de su peso habitual, conmovía. Necesitaba un sostén para entrar al escenario –en ocasiones, una silla de ruedas–, la ayudaban a llegar a la silla desde la que cantaría. Pero se retiraba bailando, animándose a unos pasos al ritmo de “La luna llena”, a veces acompañada por los tambores del grupo La Chilinga.

Lo que conmovía, en realidad, era esa transformación operada en vivo y en directo: tan pronto como entonaba el primer verso, La Negra se volvía poderosa, gigante, indestructible. Su voz estaba intacta, y no es una manera de decir: verdaderamente seguía siendo la gran voz de América, una de las mejores del mundo, una de las elegidas.

El acontecimiento que marcó el inicio de aquel regreso fue la edición 2005 del Festival Músicas de Provincia (a propósito: antes de Mauricio Macri Buenos Aires podía darse lujos, como un festival de folklore. ¿Alguien lo recuerda? ¿A alguien le importa que la ciudad ya no lo tenga?). El 21 de diciembre de ese año, Mercedes cantó ante unas quince mil personas en su provincia natal, en una visita que significó el reconocimiento en suelo propio, con el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Tucumán. Aquella actuación, dijo, marcó el reencuentro con un público que recién entonces la sentía próxima: “Hacía muchos años que no iba, la última vez fue cuando murió mi madre, en el ’99”, contó entonces. “Recién ahí me empezaron a tratar como una artista no sólo tucumana sino de todo el mundo. Porque siempre está esa cosa con los artistas de acá: cómo puede ser famosa, si vive enfrente de mi casa... Sentí que Tucumán recién me adoptó entonces”.

Allí arrancó una gira que la llevó por cuanto festival y provincia pudo cubrir por tierra: sus dolencias no le permitieron volver a viajar en avión. Seguía cantando con una fuerza de otro orden, allí donde se presentara; seguía escuchando con fruición nuevas voces, nuevos autores, maravillándose ante el poder de la canción. “¡Qué hermoso que es cantar, Dios mío!”, repetía, y explicaba: “Yo me enamoro de las canciones como se puede enamorar una de un hombre. Tengo amor por lo que canto, por eso nunca pensé en cantar para vivir. Yo canto porque amo hacerlo, desde siempre”.

Si parecía imparable, si parecía capaz de la perfección vocal en cualquier contexto, parecía también que podía pedírsele más. Comenzó a gestarse un proyecto ambicioso: un disco –terminarían siendo dos– que presenta a Mercedes como la gran voz capaz de congregar al abanico más amplio de la canción iberoamericana, de Joan Manuel Serrat a Shakira, de Caetano Veloso a Luis Alberto Spinetta, pasando por Joaquín Sabina, Diego Torres, Jorge Drexler, Marcela Morelo, Soledad, Calle 13, Charly García, León Gieco, Víctor Heredia, Pedro Aznar, entre otros muchos.

Aquella fue su última producción, Cantora, que no llegó a presentar formalmente. En el DVD que se salió con la edición final del disco doble, se la ve a Mercedes como la madre que le aconseja a Gustavo Cerati gárgaras de bicarbonato para poner a punto la voz; exclamando una y otra vez cuánto le gusta cantar, pero qué poco grabar; abrazando y dejándose abrazar por todos sus colegas, recibiendo halagos, pero también ofreciéndolos. Se ve, sobre todo, a la mujer que se sigue emocionando con la letra de cada canción, que llora, que resalta versos, que explica que ella los vivió, y por eso los canta con el alma, con la voz y con todo el cuerpo.

Queda, como fondo musical de su vida, aquellos versos de “Barro tal vez” que escribió un adolescente Luis Alberto Spinetta, y que son parte de lo más alto del último disco de Mercedes, subrayado su aire de zamba. Mercedes Sosa cantó lo que sintió, sin una palabra de más, hasta el final. En eso se le fue la vida.

“Para mí cantar era una tristeza”

Por Karina Micheletto

En la completa biografía Mercedes Sosa, la negra, se lee un relato de Mercedes en primera persona, al que la cantante volvería muchas veces: “Sí, quiero decirlo con todas las letras, resignada ya a que esto nadie me lo pueda creer: yo, toda mi vida, odié cantar (...) Desde afuera comprendo que lo mío se vea como una suerte; para mí ha sido una desgracia. Unos años antes de llegar Matus ya empecé a ser conocida. Me daba cuenta que tenía el don de la voz, pero cantar me gustaba hasta el momento que debía hacerlo para la gente. Y me pasaban cosas muy conflictivas. Ibamos a los casamientos, a los cumpleaños, y mi papá quería que la gente se enterara de que yo cantaba bonito y enseguida a toda costa me hacía cantar. El de la vocación en realidad era él. No comprendía hasta qué punto me amargaba la vida porque después de cantar y de los aplausos ya los muchachos no se me acercaban más, me veían como a una distinta. Para mí cantar era una tristeza porque en vez de acercarme me alejaba, empezaba a quedarme sola. Eso fue una tortura cuando era jovencita, y después también”.

En las entrevistas en las que iba y venía con el hilo que sólo ella elegía para la conversación, imposible de guiar por el entrevistador, siempre aparecía la tristeza, el sacrificio, ésas eran las palabras que usaba. Y,

también, la soledad. En el hilo indómito del recuerdo de Mercedes una y otra vez se cruzaban el dolor del exilio, la enfermedad, los meses en cama, el abandono de su primer esposo, Oscar Matus (con el que, siguió declarando hasta el final, no se arrepentía de haberse casado, porque él instaló en ella el compromiso del canto), la muerte de su segunda pareja, Pocho Mazzitelli, que la acompañó durante trece años. Recordaba, Mercedes, y lloraba. Cuando su hijo Fabián era chico y, sola en Buenos Aires, debía dejarlo encerrado en una pieza de pensión para irse a cantar, cuando tuvo que mandarlo a Tucumán con su familia, los abortos que reveló con dolor en la biografía de Rodolfo Braceli.

Mercedes tenía un círculo de afectos profundos en colegas de todo el mundo, eran muchos los que la querían como a una madre, como a una hermana. Pero la soledad y la tristeza fueron siempre una presencia concreta entre sus argumentos de conversación. En sus horas finales, habilitada la cuenta regresiva del circo mediático, quedaron las últimas muecas de los que se dieron cita ante las cámaras instaladas en la clínica, el respeto de los que prefirieron pegar la vuelta para evitarlas. Quedaron las manifestaciones de cariño de su velatorio, los mensajes de amor que inundaron su página web. Y, también, los que fueron borrados, barbaridades como “Ojalá te mueras de una vez, zurda de mierda”. Porque en este país existe gente que piensa así sinceramente –y sobradas pruebas han dado de ello–, es que Mercedes fue de los imprescindibles.

OPINION

Un puente sobre todos los abismos

Por Eduardo Fabregat

Hace ya varios años, la broma se volvió usual entre los periodistas dedicados al rock: imaginar nuevos covers en la voz de Mercedes Sosa, a cual más delirante. Suponer cómo sonaría “Uno, dos, ultraviolento” de Los Violadores o “Resaca” de Fito Páez, o “Destrucción” de V8. Pero no eran chistes crueles, no se buscaba ridiculizar la figura de la folklorista. Aun un gremio tan irreverente como el de la guitarra eléctrica hacía esos chistes desde un lugar de respeto. La Negra se ganó ese respeto porque

la fuerza de sus convicciones la llevó a desactivar un prejuicio que parecía indestructible, la barrera infranqueable que el folklore establecía con los nuevos representantes de lo popular. Antes de Mercedes, el sindicato del bombo legüero consideraba al rock como un enemigo extranjerizante, que sostenía principios estéticos y artísticos que menoscaban la identidad nacional. Había muy pocos ejemplos de acercamiento. Mercedes, que supo de persecuciones, prefirió extender su mano, reconocerle a esa otra música un valor y un poder de enseñanza. Y con ello cambió la historia.

El efecto fue, además, recíproco. Si para músicos como Horacio Guarany o Alfredo Abalos el rock era poco menos que el demonio, para los pelilargos el folklore era una expresión apolillada y cabezadura. Mercedes hizo que ambos terrenos artísticos dejaran de estar separados por alambre de púas, demostró que un escenario no tiene por qué ser lugar de contiendas, que podía ser ambiente de encuentro, comunión y comprensión para estilos musicales que muchos querían obligar a seguir siendo agua y aceite. Se fundió en un abrazo sincero con Charly, con Fito, con León; su voz maravillosa le dio otro color y otro significado a la lírica del rock, al que quiso reconocer como otra forma de folklore.

Con ese mero hecho, realizado no por cálculo sino por simple amor, Mercedes Sosa convirtió la música popular argentina en un campo mucho más fértil. Desde entonces, nadie cometió la torpeza de acusar a Gieco de vestir dos camisetas, a ningún rockero se le ocurrió mirar torcido a Divididos por el chacareggae de La era de la boludez, que el mismo Iorio de V8 expresara su admiración por Larralde no fue interpretado como esquizofrenia grave, a nadie le asombra hoy la existencia de grupos como Arbolito, Tremor o Doña María. Generosa y apasionada, La Negra supo tender un puente mucho más sólido que las desconfianzas del pasado. Será por eso que el luto de hoy no reconoce fronteras.

En esta edición de Página/12, todos –los que escriben, los que fotografían, los que hablan, los que acompañan– intentamos un imposible, el de hacer justicia a la memoria de una cantora mayúscula, la voz que supo tender un puente sencillamente universal.

Los artistas se van, eso no tiene remedio. Pero el arte se queda a vivir para siempre.

ARTISTAS, POLITICOS, JEFES DE ESTADO

Palabras que brotan desde el corazón

Un amplísimo arco de personalidades recordó a Mercedes con frases de cariño y admiración. La noticia recorrió el globo, haciéndose eco en todos los portales periodísticos.

Por F. G.

El fallecimiento de Mercedes Sosa provocó reacciones tan numerosas como los afectos que la tucumana supo conquistar durante su carrera. Artistas, amigos y admiradores quisieron ponderar el mensaje de su vida en una serie de reconocimientos a la que también contribuyeron figuras importantes de la política nacional e internacional. Así, el adiós de La Negra se transformó en un coro variopinto en el que “libertad”, “compromiso” y “talento” fueron las palabras recurrentes.

Víctor Heredia fue uno de los que acompañó a Sosa hasta los últimos instantes. “Fue la voz de quienes no teníamos la posibilidad de decir una enorme cantidad de cosas en la época de la dictadura. Destaco lo que significó su mirada sobre la justicia y el espacio democrático, y rescato el ejemplo que dio su figura de luchadora”, dijo. Más tarde, el guitarrista, violinista y compositor Carlos “Peteco” Carabajal consideró que “habría que hacer una peña eterna” para homenajear a la figura y para “movilizar la conciencia ciudadana” a través del compromiso social que ella sostuvo. Y ése era sólo el principio: Juan Falú relativizó la ausencia física de su ídola y aventuró que “la artista y la gran voz son eternas”. En tanto,

Argentino Luna aseguró que se moría “algo de Argentina” aunque según él “no había que llorar mucho” porque se trataba de alguien que “cantó, soñó, construyó y bailó”. Luna se permitió incluso una salida de posible lectura humorística: “La Negra –dijo– está viva acá a la vuelta, en la disquería”.

En contraste, hubo otros que no podían contener el dolor. El Chango Farías Gómez confesó sentir “una tristeza terrible”, porque se estaba despidiendo de alguien “importante a quien necesitamos mucho”, al tiempo que Suna Rocha estimó que se trataba de “la mejor cantante argentina de todos los tiempos”, cuya ausencia dejaría un espacio vacío. Pero sin duda una de las más desconsoladas era Teresa Parodi. “Estoy con una angustia grande, porque Mercedes es imprescindible. Una luchadora, un ser humano irrepetible que nos ha dado mucho a todos”, analizó. En la misma línea habló Liliana Herrero. “Extraño su canto, extraño su fuerza, su espíritu de lucha. Pero nos queda el consuelo de que su voz, su historia cultural y política ya es eterna”, señaló.

El chamamecero Antonio Tarragó Ros explicó que “Mercedes fue un ser sensible, bondadoso, sin ningún tipo de maldad”. Consultado por la prensa, Facundo Saravia –ex integrante de Los Chalchaleros– hizo lo propio al opinar que “nos dejó la embajadora de nuestra música popular”. “Digo música popular y no sólo folklore porque a través de los años fue incorporando a su repertorio otros géneros y llegó al mundo entero”, puntualizó. A su vez, Jaime Torres comparó a La Negra con Carlos Gardel y la rotuló como una cantora “formidable” e “inapelable”. “Si hubiese sido a la inversa –arriesgó el charanguista–, a Gardel le hubieran entregado el Mercedes Sosa de Oro”.

Los cultores de otros géneros no se quedaron atrás. El Paz Martínez sentenció que para él Sosa fue “la más grande que dio el país”. “A su voz increíble le agregó otro tipo de mensaje, lo que la potenció. Hoy perdí no solamente a una artista tremenda, perdí un poquito de vuelta a mi vieja”, se emocionó. El tango tampoco esquivó el llanto y Mariano Mores no dejó de remarcar la valía de “un ser privilegiado que dio lo mejor”.

Entre los jóvenes valores la desazón era evidente. Recién llegado de Córdoba, Luciano Pereyra asumió que iba a “extrañar su protección de la madre de los cantores”. “Siempre sentí su apoyo y cariño, por eso es que

se va a hacer difícil pensar en el canto popular sin su presencia", dijo. Además recordó con emoción que "cuando le llevaron mi primer disco, marcó cosas que debía mejorar en el repertorio y sus consejos, como los de Don Horacio Guarany, están presentes permanentemente". A su turno, Soledad Pastorutti rememoró que se habían cruzado por primera vez en 2005 en un festival en la Plaza de Mayo, y que a partir de entonces habían desarrollado un contacto permanente. "Ella dejó el legado de que, pase lo que pase, hay que cantar siempre lo que uno siente como verdad. No se calló nunca", sintetizó la cantante. Profundamente conmovido, León Gieco dedicó el show de anoche en Tucumán a Mercedes, y pudo soltar algunas palabras, con un nudo en la garganta, entre las canciones: "Mercedes ha sido la voz y la cantante más increíble de la Argentina y más que un adiós hay que darle una bienvenida a la eternidad. Siempre estará su voz en cada canción. Como ella era intérprete, cada vez que nos elegía una canción, además del honor y el orgullo que eso nos provocaba a los compositores, sabíamos que esa canción pequeña iba a volverse grande, porque, gracias a ella, sería cantada por millones en el mundo".

La lista de condolencias fue descomunal. Músicos como Daniel Toro y Tilín Orozco coincidieron con representantes de distintas organizaciones, como el presidente de la Academia Argentina de Folclore, Antonio Rodríguez Villar, o el director de Radio Nacional Folclórica, el conductor y escritor Marcelo Simón. Estela de Carlotto, presidenta de las Abuelas de Plaza de Mayo, resaltó que la tucumana "fue una constante defensora de los derechos humanos". Y el periodista y biógrafo de la artista, el mendocino Rodolfo Braceli, se negó a hablar de homenajes "porque eso significa muerte, y ella sigue viva en el corazón".

Los extranjeros también se hicieron escuchar. A los miles de mensajes enviados al site oficial de la intérprete se agregó el de la cantante italiana Laura Pausini, quien anteanoche, en un concierto ofrecido en Buenos Aires, declaró que Sosa era un referente para ella y le dedicó su versión de "Gracias a la vida". Difundida la noticia del deceso, un comunicado de prensa de la cantautora Shakira informó que para la estrella colombiana "Mercedes deja el mundo lleno de sus cantos, poblado de sus versos", y añadió que "fue la voz de sus hermanos de la tierra que elevó el canto del dolor y la justicia". Para Shakira, Sosa fue "admirada primero en la lucha solidaria" y "sufrió el exilio dando ejemplo de coraje". Shakira

reconoció que “fue un honor cantar con ella” y que “era la idea: no repetía estrofas sino que transmitía el pensamiento hondo del verso y de la música”.

En ámbitos oficiales se elogió la calidad humana y artística de la fallecida. El gobernador de Buenos Aires, Daniel Scioli, manifestó el “profundo dolor” de la provincia y afirmó que “la Argentina llora a una de sus hijas más talentosas”: “Se va una mujer que trascendió las fronteras y proyectó al folklore no sólo como un emblema artístico y cultural a nivel mundial sino también como un canto de libertad y de justicia”, evaluó. “Quiero transmitir, en nombre de la provincia de Buenos Aires, el profundo dolor causado por la pérdida de La Negra, la voz de Latinoamérica, embajadora de nuestra cultura y símbolo indiscutible de compromiso social. Hoy nos quedan su recuerdo y el cariño por su tierra que supo interpretar y compartir en cada nota y en cada palabra”, señaló el mandatario. Igualmente, el canciller Jorge Taiana dijo que como ministro rendía homenaje “a una gran embajadora de la cultura argentina”. Desde la cartera de Salud, Juan Manzur siguió la misma línea.

Otras tendencias políticas reaccionaron de modo similar. El diputado Martín Sabbatella afirmó que la extinta dejaba “una gran herencia cultural” y que había sabido “conjugar la excelencia artística con un compromiso inquebrantable con los humildes, los perseguidos y los postergados”. Desde otra zona del abanico ideológico, el jefe de la bancada del radicalismo en el Senado, Ernesto Sanz, advirtió que, “si bien nos duele la pérdida, sirve para reforzar de qué manera los valores, más allá de los gobiernos y tiempos, permanecen inalterables”. En la Capital, el ministro porteño de Cultura, Hernán Lombardi, opinó que los temas de La Negra “significaban festejar la libertad de la democracia y construir un país con mayor equidad”.

Conforme avanzaba el día se fueron agregando manifestaciones de afecto. Los gobiernos de Ecuador y Chile expresaron su admiración por la “voz de América latina”, en tanto que el presidente venezolano, Hugo Chávez, lanzó un “viva” en memoria de Sosa durante su programa dominical de radio y televisión ¡Aló Presidente!, que ayer se transmitió en cadena nacional. Asimismo, Brasil ofreció su pésame y expresó gratitud por su “contribución a la música y por mejorar la vida. “¡Gracias,

Mercedes, que nos has dado tanto!", dijo en español el ministro de Cultura del país vecino en una nota oficial. Paralelamente, el presidente Luiz Inácio Lula da Silva definió a La Negra como la dueña de "una voz inmortal", y el cantante Milton Nascimento admitió estar "abatido y sin ganas de pronunciarse públicamente".

El Altiplano soltó su propio lamento cuando el gobierno de Bolivia informó que se marchaba una voz "que estaba al lado de los pobres". Así lo consideró el ministro de Culturas, Pablo Groux, quien aseguró que la personalidad de Sosa había marcado el destino de los "pueblos revolucionarios". "Murió una inspiración que siempre ha estado al lado de los movimientos sociales, al lado de los pobres, al lado de los que aspiraban a un tiempo mejor", sentenció.

Y no sólo América sintió la pérdida. El presidente de Israel, Shimon Peres, se refirió a la tucumana comentando que "encarnaba la liberación de Latinoamérica y, de alguna manera, también la decepción que trajo consigo esa liberación". A continuación recordó que la folclorista había visitado en varias ocasiones Israel, donde cantó en hebreo. "Nos van a faltar su voz y su espíritu", apostilló.

La prensa internacional no se ahorró homenajes. En España, El País, El Mundo y ABC cubrieron el hecho y aseguraron que Sosa "popularizó la música". Por su parte, La Repubblica, de Italia, lamentó la partida de la "artista símbolo de la resistencia a la dictadura militar", y The New York Times de Estados Unidos, El Universal y La Jornada de México, El Diario de hoy de El Salvador, El Comercio de Perú y El Nacional de Venezuela también publicaron la novedad en sus portales. O Globo, de Brasil, afirmó que "el mundo pierde la voz y la fuerza de Mercedes Sosa", a la par que El Mercurio de Chile ponía como primera nota de su portal el "pesar en Argentina". En Uruguay, El País y El Observador destacaron que la Argentina despedía a su artista "más querida". El abrazo fue universal.

CEREMONIA EN EL SALON DE LOS PASOS PERDIDOS DEL CONGRESO DE LA NACION

Música y aplausos para la despedida

Cristina Kirchner y diversas personalidades de la política y de la cultura rindieron homenaje a Mercedes. Sus canciones fueron apareciendo a lo largo de la tarde y coreadas por una multitud. Hoy a las 11 el cortejo partirá hacia el cementerio de la Chacarita.

Por Karina Micheletto

Con su música, coros espontáneos, aplausos y ovaciones conmovedoras, manifestaciones de cariño a lo largo de varias cuadras de cola, los restos de Mercedes Sosa fueron despedidos en una ceremonia pública que tuvo lugar en el Salón de los Pasos Perdidos, del Congreso de la Nación. El velatorio comenzó ayer al mediodía, y durante la tarde y la noche miles de personas de todas las edades se acercaron a darle el último adiós a la cantante. También desfilaron por el Congreso personalidades del arte y la cultura, dirigentes políticos y de organizaciones sociales, y la presidenta de la Nación, Cristina Kirchner, que adelantó su viaje de Río Gallegos para estar presente en la despedida final de la artista.

La ceremonia fúnebre del Congreso se extenderá hasta las 11 de hoy, cuando el cortejo parta para Chacarita. Tal como fue su voluntad, los restos de la cantante serán cremados y esparcidos en Tucumán, Mendoza y Buenos Aires. Tres geografías clave en la vida de la artista: su lugar de nacimiento, la provincia en la que inició su carrera artística, asomando a la escena de la música popular embanderada dentro del movimiento del Nuevo Cancionero, y la ciudad en la que se radicó definitivamente, desde su regreso del exilio en 1982.

Ayer, en el Congreso, eran muchos los que volvían sobre una y mil anécdotas de cada una de estas etapas en la vida de Mercedes. No sólo sus familiares –su hijo, sus nietas, sus hermanos y sobrinos, algunos de los cuales han seguido el camino de la música–, también una cantidad de artistas para quienes la tucumana fue una compañera de años y una guía poderosa. En el Salón de los Pasos Perdidos estuvieron Eduardo Falú, Leopoldo Federico, Teresa Parodi, Víctor Heredia, Gustavo Cerati, Charly García, Peteco Carabajal, Piero, Julia Zenko, Celeste Carballo, Alejandro Lerner, Lidia Borda, Luis Salinas, Jorge Giuliano, Popi Spattoco, Verónica Condomí, Horacio Molina, Gustavo Mozzi, entre muchos otros. Y también Lidia Pugliese –viuda del gran Osvaldo–, Alejandro Dolina, Daniel Grinbank, Gustavo Garzón, Víctor Laplace. Estela de Carlotto y otras Abuelas de Plaza de Mayo fueron aplaudidas al llegar, en uno de los momentos más emotivos de la ceremonia.

La presidenta Cristina Kirchner llegó sobre las 8 y 20, luego de firmar el decreto que declara duelo nacional por la muerte de la cantante. La acompañaban el ex presidente Néstor Kirchner; el jefe de Gabinete, Aníbal Fernández; la secretaria de Desarrollo Social, Alicia Kirchner; el ministro de Salud, Juan Manzur, y el canciller Jorge Taiana. La Presidenta se abrazó a la nieta de Mercedes, Araceli, junto a los restos de la cantante, cubiertos por un poncho blanco y celeste. Además del duelo declarado en toda la nación, el gobierno de Tucumán decretó ayer tres días de duelo provincial y se realizó un homenaje durante el recital que brindó León Gieco en la Plaza Independencia, frente a la Casa de Gobierno. En Cosquín también hubo luto, y en la plaza donde se celebra el tradicional festival de folclore La Negra fue recordada con su música.

Fueron muchos los políticos y funcionarios que dieron el presente en el Salón de los Pasos Perdidos. Estuvieron Daniel Scioli, el juez Norberto Oyarbide, la diputada Patricia Vaca Narvaja; el secretario de Cultura, Jorge Coscia, monseñor Laguna. Y también una extensa comitiva radical de diversas viejas épocas, entre los que se vio a Ricardo Alfonsín, Marcelo Stubrin, Darío Lopérfido y Leopoldo Moreau –este último no pasó por el sector de invitados, sino entre la cola de público en general–. Julio Cobos llegó sobre las tres de la tarde junto a su esposa, a una prudente distancia temporal del resto de los representantes de Gobierno.

Las numerosas coronas de flores también mostraron amplitud política. Se vieron cintas de Cristina Kirchner, Néstor Kirchner, Julio Cobos, Daniel Scioli y esposa, la Asociación Enrique Gorriarán Merlo, el Partido Comunista Central, la CTA, los maestros de UTE y Ctera, que saludaban “a la maestra”, entre una cantidad que con el paso de las horas fue formando una fila hasta la esquina. Y varias banderas de la Juventud Comunista colgadas en la calle, y banderas de Argentina, Uruguay, Paraguay, Cuba, entre la gente que iba llegando al velatorio.

Fueron muchas las postales conmovedoras de la tarde de ayer. La de María, colaboradora de años de Mercedes, acercándose a perfumarla y a controlar que su maquillaje estuviera en orden, como, cuentan, lo hizo hasta sus últimas horas, en la clínica. Las de la gente que tras una larga espera (la cola avanzaba por Rivadavia, doblaba por Combate de los Pozos y se extendía varias cuadras) se acercaba con profundo respeto, le tiraba besos, le decía gracias, la aplaudía. Y cantaba. Unos veinte chicos de un coro de Salta entonaron “La Nochera”. Una chica alzó su voz, sola, para cantarle a Mercedes “La martiniana”: “Niña, cuando yo muera, no llores sobre mi tumba, cántame un lindo son, ay mama, no me llores, no...”.

Con la guitarra de Peteco Carabajal, el homenaje se extendió con “Gracias a la vida”, “Luna tucumana” y “Zamba para no morir”, entre muchos otros temas que formaron parte del repertorio de la tucumana. Sus canciones fueron apareciendo a lo largo de la tarde, no sólo como un homenaje, también como una forma de compañía para los que ya empezaban a sentirse solos. Y también, como apuntó el periodista Marcelo Simón, director de La Folklórica, un poco huérfanos. Si una poderosa marca maternal recorrió la figura de Mercedes Sosa, ayer se sintió en su despedida.

MENSAJES EN SU PAGINA WEB OFICIAL

“Ahora la vida misma te debe mucho”

- “La única noche que estuve presa fue después de un recital tuyo en La Plata, en el viejo Almacén San José. Te habías entusiasmado y cantado canciones no permitidas, habías abierto las ventanas para que escuchen los que no podían pagar. Estábamos todos eufóricos. Pero llegaron ellos con sus armas, haciendo por fin visible lo que sabíamos que pasaba. Nosotras en fila en el patio, apuntadas, aterradas; vos, tal vez con tu propio miedo, en una oficina donde te hacían escuchar los temas que cantaste, mostrándote tu desobediencia. A las seis de la mañana, consideraron que ya nos habían dado la lección y salimos al sol. ¿Sabés qué? Valió la pena. Si estás cansada, que tu partida sea en paz. Sabremos entender.” Mercedes.

- “Querida Negra: Mi madre te trajo a casa cuando yo tenía unos 14, 15 años (tengo 53). Tu voz sonaba por la casa desde Mujeres argentinas. Desde ese momento te quise y sigo queriéndote... Amo tu voz tan clara, inconfundible. Un día te vi en la entrega de diplomas de mi hija sorda. Los chicos habían aprendido a cantar ‘Dale alegría a mi corazón’ y lo cantaste con ellos. Y allí mi hija (hoy de 24 años) te quiso y te sigue queriendo. ¡Qué maravilla, Negra! Tu voz fue pasando, acariciándonos de generación en generación, y lo seguirá haciendo.” Patricia.

- “Aquellas canciones que entonaste en mi Ecuador, me han hecho recapacitar y cambiar mi forma de pensar. Has dado tanto por la vida que ahora la vida misma te debe tanto. Estamos contigo siempre, así estemos lejos, eres la estrella que brilla en la penumbra de la noche. Has ayudado a un grande de Ecuador, Oswaldo Gauayasamín, ahora sé que él te está eternamente agradecido, desde donde se encuentre. Mil gracias por tu música y tus valores, eres un icono argentino para mí.” Angelo Puente.

- “Nunca te encontrará la muerte ‘vacía y triste’, porque fuiste y serás voz de libertad, fortaleza y conciencia de ciudadana del mundo. Gracias por

tu canto, gracias por ser siempre tú misma, gracias porque en honor a tu forma de ser, mi hija se llama orgullosamente Libertad.” Laura May.

- “Tus canciones me han acompañado en la adolescencia, en las canciones de los sueños de mis hijos. A mis hijos cuando andan ahora lejos de nuestra tierra melancólicos, y a mi corazón cada vez que necesito un barrilete. Desde España, en la que suenas en mis discos para que todo el mundo que no te conoce escuche la voz más emblemática de América latina, vamo’ arriba.” María.

- “Desde que era muy pequeña recuerdo a mi padre tomar mate acompañado por las canciones de la Negra. El hacía suyas esas canciones y siempre me repetía: ‘Escuchá lo que dice la Negra, y aprendé’. Así aprendí yo también a hacerla parte mía. Si algo me reconforta, es el pensar que ahora puede que sea mi viejo quien la disfrute, en donde quieran que estén.” Rita.

- “Adiós, Mercedes. Espero que estés tomando un café con Gardel.” Orquídea.

DANIEL GRINBANK Y EL RECUERDO DE AQUELLOS SHOWS DE MARZO DE 1982

“No sé cómo hizo, llorábamos todos”

El empresario que produjo la histórica serie de conciertos en el Teatro Opera tiene una impresión indeleble de lo que significó el regreso de Mercedes, en un clima de supuesta “apertura” que no impidió torvas miradas de los policías.

Por Facundo García

Si se pudiera resumir en un texto el itinerario de la más ilustre cantante que ha dado Latinoamérica, la lucha contra la dictadura ocuparía un capítulo central. Porque así como en los setenta Mercedes Sosa debió irse del país luego de ser amenazada varias veces, tuvo la valentía de encarar el retorno cuando aún no había otra garantía que el horizonte de "libertad" prometido por un tipo de la calaña de Leopoldo Fortunato Galtieri. Corría marzo de 1982 y Mercedes se atrevió a volver de Europa para tocar después de años de miedo. Uno de los jóvenes que estaba a cargo de la producción era Daniel Grinbank, hoy un reconocido empresario del espectáculo.

–¿En qué contexto se organizó aquel regreso?

–La democracia todavía era una ilusión. Sin embargo, Galtieri había estado hablando de libertad para posicionarse políticamente y se nos ocurrió que existía un margen para que Mercedes pudiera encontrarse nuevamente con su público. Era un riesgo, porque los conciertos inmediatamente anteriores, realizados a fines de los setenta, los habíamos tenido que suspender por las amenazas de bomba.

–¿Había diferencias entre la Mercedes que se fue y la que volvía?

–Yo estoy convencido de que su estadía en Europa, a pesar del dolor que causaba la distancia, le amplió el horizonte estético. Para que se dé una idea, yo recuerdo que estaba fascinada con Stevie Wonder. Era una cantidad de datos que sin duda contribuyó a que paso a paso ella fuera ampliando su registro. A partir de ahí, transitó siempre con eje en el folklore, y simultáneamente mantuvo la valentía de acercarse a lo diferente sin perder identidad.

–¿Cuál fue la reacción del público durante aquellas noches?

–No había ninguna duda de que ahí se estaba concentrando una energía excepcional. La estaban esperando. En el primer toque, había una flor en cada butaca. Cuando salió La Negra hubo una ovación de cinco minutos. No es una manera de decir: fueron cinco minutos reales. Estábamos todos llorando y no sé cómo hizo ella, pero se las arregló para arrancar el show ante no sé cuántos chabones lagrimeando. Tengo la imagen de ella cantando "La cigarra" y la sensación de la sangre llena de adrenalina.

Cerró con una canción de Atahualpa Yupanqui, “Los hermanos”, que por ahí repite la palabra “libertad”. Era una masa de gente gritando “libertad”. Nadie quería callarse. Y veíamos que los canas se ponían incómodos a la vez que el cantito seguía. Cuando notamos que nos estaban por cagar a palos, algunos miramos a los canas y justificábamos: “libertad, loco, como en el himno, ¿viste?”. Supongo que eso los desacomodó...

–Ya despuntaba la primavera democrática...

–Empezamos con cuatro funciones en el Opera y dio la casualidad de que el sello que tenía contrato con Mercedes, Philips-Polygram, aceptó terminar con el contrato discográfico, lo que nos permitió hacer un registro de aquellas fechas y convertirlo en longplays. Participaron dos o tres invitados por velada, y mes a mes notamos que la marea iba aumentando en todo sentido. Aquellos discos tuvieron proyección continental. De ahí que hiciéramos una gira que no decayó ni por un instante. Y la vuelta fue apoteótica, porque La Negra retornó al país cuando ya había pasado lo de Malvinas y llenó dos canchas de Ferro, cosa que hasta ese momento estaba reservada para los grupos internacionales de primera línea. Era una Mercedes enorme, frente a un pueblo que la había extrañado mucho.

ALGUNOS EXTRACTOS DE SUS ENTREVISTAS

Charly, Cosquín y los oligarcas

- “Un tema proverbial de mi vida fue ‘Zamba para no morir’, de Hamlet Lima Quintana. Lo que decía el poema era mi vida: Matus me había

dejado y yo me quedé sola con mi hijo de siete años. Fue muy duro. Pero me ayudó la zamba, que tardó en ser un éxito."

- "Yo jamás me distancié del festival ni del pueblo de Cosquín. La primera vez que actué en Cosquín paré en la casa de un bombero, porque con Matus no encontrábamos otro lugar. Nos acostábamos temprano y a las 3 de la mañana salíamos a las peñas fresquitos, cuando todos ya estaban vencidos. Ahí me hice amiga del festival, pero no de la comisión organizadora, que no quería que yo cantara. Si subí al escenario principal fue por Jorge Cafrune."

- "Yo tengo que estudiar permanentemente, hasta el día de hoy. Y les advierto a los folkloristas que dejen de tomar vino y comer asado, y se pongan a estudiar. No les va a tomar más de media hora."

- "Hay que apoyar las nuevas canciones, sobre todo si son folklóricas, porque son las que van a quedar. Cuando yo voy a Europa la gente me pide que cante folklore, no quieren que les lleve otra cosa. Nosotros siempre vamos a estar unidos al folklore."

- "La última pelea de Charly con el fotógrafo me angustió mucho. Pero si él dice que no le saquen fotos, ¡que no le saquen! A las 8 de la mañana, en Punta del Este, de la iglesia no sale. Y si sale de un boliche, sano no sale. El a veces parece una criatura y otras veces cuando habla es tan, tan inteligente, que uno sólo puede admirarlo. Pero tiene una cosa con los fotógrafos... Yupanqui era igual: no los maltrataba, pero los odiaba. Cuando hacía las conferencias de prensa, al comienzo decía: 'Sáquenme todas las fotos ahora y váyanse'."

- "Creo mucho en la lucha contra la oligarquía. Estoy totalmente en contra de ellos. La oligarquía ha hecho su juego, ahora. En el asunto del campo, hay gente que tiene un poquito de terreno para trabajar, y que no recibe nada. En cambio hay otros que tienen miles de hectáreas, que sí. Y a mí me gusta la gente del pueblo. La gente que está en contacto con lo que produce. Esa es la gente que me importa."

La obra discográfica

- 1965: Canciones con fundamento.

- 1966: Yo no canto por cantar y Hermano.

- 1967: Para cantarle a mi gente.

- 1968: Con sabor a Mercedes Sosa.

- 1969: Mujeres argentinas.

- 1970: Navidad con Mercedes Sosa y El grito de la tierra.

- 1971: Homenaje a Violeta Parra.

- 1972: Cantata sudamericana y Hasta la victoria.

- 1973: Traigo un pueblo en mi voz y Mercedes Sosa 73.

- 1975: A que florezca mi pueblo.

- 1976: Mercedes Sosa 76 y En dirección del viento.

- 1977: Mercedes Sosa interpreta a Atahualpa Yupanqui.

- 1979: Serenata para la tierra de uno.

- 1980: A quien doy y Gravado ao vivo no Brasil.

- 1982: Mercedes Sosa en Argentina (en vivo).

- 1983: Mercedes Sosa 83, Como un pájaro libre y Recital.

- 1984: Será posible el sur.

- 1985: Yo vengo a ofrecer mi corazón y Corazón americano.

- 1986: Mercedes Sosa ’86.

- 1987: Mercedes Sosa ’87.

- 1988: Amigos míos 15 Exitos y La Negra.

- 1990: En vivo en Europa.

- 1991: De mí.

- 1993: Sino y 30 años.

- 1994: Gestos de amor.

- 1995: Oro.

- 1996: Escondido en mi país.

- 1997: Alta fidelidad.

- 1998: Al despertar.

- 2000: Misa criolla.

- 2002: Acústico.

- 2005: Corazón libre.

- 2009: Cantora 1 y Cantora 2.

Además, Mercedes Sosa apareció en innumerables trabajos colectivos, y colaboró en grabaciones de César Isella, Ariel Ramírez, Los Arroyeños, Milton Nascimento, Raimundo Fagner, Nito Mestre, Pablo Milanés, Víctor Heredia, Raúl Ellwanger, Beth Carvalho, Jaime Roos, Alberto Cortez, Joan Baez, Rafael Amor, Julia Zenko, Fito Páez, Gabriel Ogando, Pata Negra, Gonzalo Rei, Lito Vitale, Peteco Carabajal, Nana Mouskouri, Jairo, León Gieco, Alejandro Dolina, Los Sabandeños, Pedro Aznar, Lagos-González-Lapouble Trío, Francis Cabrel, María Graña, Rodolfo Mederos, María Soledad Gamboa, Los Chalchaleros, Dúo Coplanacu, Abel Pintos, Sui Generis, Claudio Sosa, Franco Battiato, Natalia Barrionuevo, Piero, Apurimac, Federico de la Vega, Ricardo Flecha, Horacio Molina, Chango Farías Gómez, Coqui Sosa, David Broza, Ismael Serrano, Guadalupe Pineda, Juan Carlos Cambas, Lila Downs y Liliana Herrero.

OPINION

Mucho más que folklore

Por Diego Fischerman

La figura del “cantante popular” es, desde ya, compleja. Sus posturas personales, la vida privada, la coherencia entre ese territorio supuestamente íntimo y la actividad pública no son sólo un acompañamiento, un condimento de la música sino, a veces, parte de la propia música. Hay, en todo caso, una ilusión de autobiografía. Se supone –y el cantante en muchas ocasiones juega a ello, conscientemente o no– que el artista canta su propia vida.

A diferencia de un novelista, que podría contar muchas historias, el cantante sólo cuenta la propia. Y funciona, en ese sentido, como símbolo de pertenencias sociales y afinidades culturales. Que para la última dictadura militar argentina fuera un dato significativo el hecho de que algunos de sus perseguidos tuvieran en sus casas discos de Mercedes Sosa o que el ser parte de su público bastara para la condena ideológica dice, a su pesar, mucho acerca del valor y de la capacidad de representatividad cultural de la cantante. En efecto, ella cultivó un modelo de artista en que la mímesis con el público era fundamental. Su pensamiento, sus ideales, su postura ideológica eran hasta tal punto parte de la esencia de lo que hacía que resultaba inimaginable –y no sólo para la limitada capacidad intelectual de los dictadores– un público que no se le pareciera. Gustar de sus canciones, es decir de su manera de interpretar un conjunto de piezas tradicionales y de los más grandes compositores del género en las últimas décadas de la Argentina, era, sin duda, amarla a ella.

Si fuera necesario un solo ejemplo del peso simbólico de Mercedes Sosa alcanzaría con aquellos trece recitales en el Opera. Haber estado allí y, después, tener los discos, era una bandera. Esos recitales, como la marcha de la CGT en marzo de ese año, como los pronunciamientos de la Multipartidaria eran signos de que la fuerza de la dictadura se resquebrajaba. La cantante prohibida y exiliada volvía, pero no sólo para cantar. En primer lugar, estaba el propio significado de ese reencuentro con el público. Pero además estaba la naturaleza heterogénea del grupo que la acompañaba, de sus invitados: Mercedes Sosa ya no cantaba “folklore” sino que venía a representar la música popular en su conjunto, desde las melodías anónimas del Noroeste hasta el Cuchi Leguizamón y

desde Cobián y Cadícamo hasta Gieco, Piero, María Elena Walsh o Charly García.

Desde entonces abundaron los cruces, pero hubo también una vuelta a las fuentes y al cobijo de ese mundo estético que a falta de una palabra mejor se sigue llamando folklore. Una trayectoria de más de cuarenta años que define por un lado a una intérprete única, con una voz de riqueza de matices y fraseo excepcionales y, por otro, a la explicitación más acabada y perfecta de la canción popular –y de sus artífices– como signo de su tiempo.

OPINION

Madre América

Por Jorge Coscia *

Es curioso este viaje que acaba de emprender La Negra Sosa. Porque acaba de soltar sus amarras y, sin embargo, sigue aquí con su gente, atada irremediablemente a nuestra vida. Ni ella acaba de irse ni nosotros dejamos que consume su partida. Permanece callada, quieta como la tierra que nos nutre y contiene. De eso se trata, pues; de una presencia que supera al tiempo.

Es que la esencia del arte de Mercedes no residía en su voz, aunque su voz fuese tan portentosa como única. El signo que verdaderamente la distinguía era esa marca ancestral que la hacía hija del más arcaico horizonte americano. Los antiguos dioses andinos aureolaban su cabeza, dotándola de un poder hermético, mineral. La Pachamama encarnaba en ella con la naturalidad con que el sol sucede a la luna y la luna al sol; era de ese silencio milenario y ritual que brotaba su voz: como una flecha dirigida al cielo, como un trino sutil o como un trueno temblando entre los cerros.

Y si ese origen mítico alumbra su inmenso arte de cantora, su voluntad de mujer comprometida con el pueblo y con la época que le tocaran en suerte nos aclara otras facetas igualmente relevantes de su vida: su denuncia de la injusticia y su repudio a la entrega del país le valdrían la prohibición y el exilio durante la dictadura genocida que hundiera a la Nación en un mar de sangre.

Tanto las virtudes innatas como las adquiridas a través de la más dura experiencia llevarían a La Negra a convertirse en lo que fue durante todos estos años y en lo que continuará siendo para siempre: un símbolo vibrante de la Argentina más profunda y raigal, una conciencia viva del ámbito aun inacabado de la Patria Grande, una intérprete que transformaba las músicas que le entregaban hasta el punto de fundirlas y recrearlas en una dimensión intemporal y mágica, ascendentes como el vuelo de un cóndor, anónimas como un canto abandonado al viento.

** Secretario de Cultura de la Nación.*

La voz en estado de gracia

Por Fernando D´addario

Para los periodistas que transitaban por la música popular durante los ’80 o los ’90, llegar a la primera entrevista con La Negra Sosa significaba, a priori, un desafío profesional equivalente a reportear a un Caetano Veloso, un Peter Gabriel o un Osvaldo Pugliese. A los ojos de un no iniciado, a Mercedes la precedía un aura de compromiso político e intelectual que obligaba a pensar preguntas “serias”. Pero a los diez minutos, Mercedes ya había desconcertado a su interlocutor de turno. Los interrogantes vinculados con temas como “su opinión sobre los ’70”, “la actualidad de la izquierda latinoamericana” y clichés progres por el estilo merecían de parte de La Negra respuestas vagas, casi pueriles, que rápidamente derivaban en anécdotas aleatorias, ajenas a la médula de la cuestión. Se iba por las ramas y terminaba hablando de las empanadas tucumanas o de su admiración por Charly García. Los colegas de la televisión contaban que eran necesarias largas sesiones de entrevista para extraer algunos minutos “aprovechables”. Los periodistas de la prensa gráfica teníamos otras herramientas, para “acomodar” las respuestas y edificar, de ese modo, un discurso acorde con las expectativas de los lectores.

Era evidente que había una brecha enorme entre la obra artística de Mercedes y su capacidad retórica para explicarla. Al hablar con ella, uno tenía la sensación de estar frente a una doña Rosa entrañable y terrenal. Hasta daban ganas de abrazarla, más allá de las dificultades

periodísticas del caso. Pero apenas un día después, arriba del escenario, ella se elevaba a una suerte de estado de gracia y nos hacía creer que la Tierra y la Historia se habían corporizado en sus canciones. Cada vez que cantaba, Mercedes parecía habitada por el significado político de su voz y por las resonancias de sueños ajenos, que de algún modo sacaba de sus entrañas. Ese don excedía a la Mercedes mujer de carne y hueso, mucho más frágil, mucho menos preparada para afrontar la carga de semejante fuerza telúrica. Acaso La Negra haya sido la voz de la Latinoamérica profunda sólo por una casual simetría de tiempos y espacios. Mercedes cantó lo que cada época necesitaba de ella, casi sin darse cuenta. La Negra sabía que estaba en contra de la dictadura y de la injusticia social. Sólo eso (o nada menos que eso). Según fueron cambiando los humores políticos en el país, esa certeza se tradujo en afinidades fluctuantes, en algún caso inexplicables desde una mirada "biempensante". Sin embargo, Mercedes generó al mismo tiempo los anticuerpos necesarios para atravesar inmune cualquier paso en falso. Tenía a favor un elemento decisivo: su Voz, siempre, terminaba hablando por ella.